PRESENTACIÓN DEL LIBRO *KANT: ONTOLOGÍA Y BELLEZA*

*Juan Carlos Mansur**

Agradezco al ITAM y en particular al Departamento de Estudios Generales el que se permita presentar aquí este libro. La aparición de un trabajo como el que hoy estamos presentando me hace sentir agradecido con tantas personas e instituciones que, si quisiera nombrarlas a todas, me llevaría probablemente más de una hora hacerlo, y tal vez no terminaría de incluirlas a todas.

He querido que me acompañen en esta mesa la doctora Dulce María Granja, el doctor Jaime Ruiz de Santiago y el maestro Eduardo Charpenel, pues cada uno de ellos representa una parte importante y simbólica en la aparición de este libro. Por otro lado, quiero agradecer a José Antonio Salúm, alumno del ITAM, quien forma parte de ITAM Música, el que esté aquí con nosotros portando belleza con su ejecución pianística.

Agradezco a mi amigo, el maestro Eduardo Charpenel, quien está hoy como moderador de esta mesa, y es a quien debemos la revisión final del libro que presentamos hoy; su extrema dedicación y su amor al cuidado de las ediciones fue lo que permitió que este libro llegara a buen puerto a pesar de todos los avatares que sufren los libros, como bien sabe quien ha intentado publicar alguno.

Agradezco a mi querido amigo, el doctor Jaime Ruiz de Santiago el haber accedido a mi invitación, pues si no me falla la memoria, fue de

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

JUAN CARLOS MANSUR

él de quien recibí mi primer libro de Filosofía, el cual fue un libro sobre la filosofía de Tomas de Aquino de Grabmann, y lo recibí una vez que nos vimos en mi casa en una cena y llegaste con el libro y me decías en la dedicatoria, “para que ames el pensamiento de alguien a quien admiro tanto”. La dedicatoria rindió sus frutos, pues el pensamiento aristotélico-tomista fue el que guió mi educación universitaria. Agradezco y me siento muy honrado por tu presencia aquí el día de hoy.

También quiero agradecer el que esté aquí a mi querida amiga y respetada maestra, la doctora Dulce María Granja, quien es una de las mayores expertas en Kant de México y la formadora del Centro de Estudios Kantianos de México, centro que ha rendido tantos frutos en sus libros, la biblioteca y sobre todo sus investigadores. Su participación aquí es un gran honor. La doctora Granja ha sido una ayuda fundamental para que yo comenzara a conocer a profundidad el pensamiento de Kant. Las pocas pero sustanciales y siempre amables asesorías que recibí de tu parte en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM fueron las que me acercaron de una forma más amable y penetrante al difícil pensamiento de Kant. Agradezco los comentarios que han vertido sobre este libro y tomaré cuidado de sus observaciones para los futuros trabajos que tenga en puerta.

El libro *Kant. Ontología y Belleza*, surge como un deseo de acercar tanto a los investigadores, como a estudiantes y lectores comunes, sin distinción, a la filosofía de la belleza de Kant. De origen, el propósito es que todo quien quiera leer la *Crítica del Juicio* o conocer el pensamiento de Kant encuentre en este libro un amable aliado para lograr tan apasionante tarea.

La historia de la estética o filosofía de la belleza y del arte no se puede entender sin Kant; sin embargo, la importancia de los temas que trata el filósofo de Königsberg no inician con él, sino que vienen desde el pensamiento de la Grecia antigua; en pensadores como Platón y Aristóteles, quienes identificaban una relación entre la Cosmología y la Belleza, pues consideraban como una unidad indisoluble el bien, la verdad y la belleza. El universo se mueve en torno a estos principios, y sobre todo,

conforme al principio de la *kalokagathía*, es decir, la unión del Bien y la Belleza.

Para el pensamiento griego, el ser es bello porque encierra en sí una forma de unidad expresada como *armonía*, en la cual las distintas partes coinciden con el todo, y una *integridad* donde no le falta nada a la cosa bella que estamos contemplando; tal unidad es el principio esencial de cada ser, y es el la idea que rige el universo entero y a la que aspiran todas las cosas, incluido el hombre, quien por el amor, busca llegar a la belleza. El amor es engendrar en la belleza, dice Platón en el *Banquete*, para hacer ver que el amor no es un dios, sino el camino para ascender al Dios que es Bello.

La formulación griega permeó en el mundo latino y de la Antigüedad tardía con el pensamiento de Plotino y de Pseudo Dionisio, y se consolidó en el pensamiento medieval. En la Edad Media se ampliaron los principios de armonía y proporción del universo; éste se mueve de forma armónica y produce la música de las esferas. Lo bello es, no sólo *lo que visto agrada*, sino *el resplandor de la forma*, esto es, una cualidad propia de los entes, y esto es así porque la Belleza se compone de los elementos de la Integridad, la Claridad y la Armonía del ser, elementos que no se pueden agotar en ningún ser, ni en ningún concepto, razón por la cual la belleza se volvió para algunos de los medievales un trascendental, y para otros, era la reunión de los trascendentales. En ambos casos es lo mismo: esto es, un principio del que participa todo ser, sin agotarse en ninguno de ellos.

La relación que guardó el ser y la belleza continuó en el Renacimiento y la Edad Moderna, con figuras como Giordano Bruno, Alberti y más tarde en pensadores como Shaftesbury y Leibniz y, en todos ellos, se reflexionaba sobre la armonía y Belleza de la naturaleza, esto es, se reflexionaba en los principios y la relación que guarda la variedad armónica de la naturaleza y la belleza.

Kant se había mostrado interesado por el tema de la belleza en la naturaleza ya desde su período *precrítico* y en el período crítico vuelve nuevamente a este tema, ahora desde una cosmología y una antropología claramente desarrolladas. En primer lugar, el ser humano es un

JUAN CARLOS MANSUR

ser limitado y finito con aspiraciones por llegar a lo infinito. No puede conocer lo absoluto, ni lo incondicionado de las cosas, pero vive en una tendencia insaciable de llegar a conocerlas. Si no hay conocimiento, la naturaleza se nos muestra variada, múltiple, diversa y por momentos como un laberinto amenazante.

Para remediar esta finitud, el ser humano cuenta con principios trascendentales, mediante los cuales puede conferir unidad a la diversidad de la naturaleza; por un lado, está nuestra forma de espacio-temporalizar las cosas, tal como lo dice la estética trascendental; y por otro, está la lógica trascendental que, mediante reglas y funciones, organiza el mundo y lo categoriza o acomoda en categorías. Gracias a estos dos principios la naturaleza nos parece más ordenada y uniforme. Para que sea posible la ciencia, el hombre tiene que imponerle una regla a la naturaleza, la tiene que cuadrar a sus sistemas, pues es el hombre quien legisla la naturaleza.

Sin embargo, si bien el científico logra ordenar la naturaleza y acomodarla en sus categorías o conceptos, hay una variedad de la naturaleza que no puede quedar atrapada por las redes del concepto; se trata de todas aquellas formas de la naturaleza y de cuestionamientos sobre la ciencia que quedan por resolver, aquellos casos que quedan aún sin clasificar, esto es, sin conocer, sin ordenar bajo conceptos que requieren. Esta variedad requiere ser llevada de alguna manera a la unidad del pensamiento, debe ser comprendida como un sistema armónico. Kant resuelve en la propia *Crítica de la razón pura*, que es nuestra capacidad de reflexionar y nuestras ideas las que pueden llevar esta diversidad a una unidad y hacer comprender la naturaleza como un *sistema*, como un todo organizado y ordenado conforme a fines, como obrando por sí misma de acuerdo a sus propias leyes, o lo que es lo mismo, como una naturaleza que funciona armónicamente. Pero es hasta la tercera Crítica (la *Crítica de la Facultad de Juzgar*) que postula que esta facultad de juzgar y el sentimiento de lo bello (sentimiento de placer o dolor), los que nos permiten hablar de la finalidad de la naturaleza, con lo cual Kant propondrá que el mundo puede contemplarse como armónico y unitario, y por lo tanto, como bello, lo cual lo emparenta con los temas de la Filosofía de la antigüedad y

de la Edad moderna, sólo que requieren ser pasados por una visión crítica.

¿En qué consiste esta crítica? En comprender que, si bien es válido y legítimo afirmar que el universo y la naturaleza son bellos, no se debe afirmar dogmáticamente que se conocen los principios por los cuales lo son. Según Carlos Llano, en su libro *Separatio*, el racionalismo cometió este error de “dar mayor importancia a la idea del ser que al ser mismo; o, dicho de otra manera, preocuparse más de los conceptos que se manejan en la metafísica, en lugar de las realidades existentes a las que accedemos gracias a ellos.”

Esta belleza que manifiesta y revela la armonía del mundo incita al hombre, y a Kant en particular, a buscar qué principio es el que hace que las cosas sean bellas. Tal principio no es uno que se pueda formular en conceptos. La unidad que tiene la belleza, la manifestación de la forma, la finalidad que cumplen los objetos al ordenarse armónicamente, no son principios que se puedan derivar conforme a conceptos. En este sentido, Kant se apareja a la formulación medieval que rechaza la posibilidad de hacer del ente una cosa, de reducir el ser a un concepto o noción. A esta unidad le llama Kant “unidad proyectada”. Gracias al gusto se da una unidad de la diversidad de la naturaleza.

El reducir la belleza a un concepto termina por hacer un dogmatismo del gusto e impone reglas absurdas de cómo debería tener uno un sentimiento. El conceptualizar la belleza, impide al hombre a que aflore el sentimiento y que confronte la realidad con su gusto. Pensemos que bajo un concepto unívoco del gusto no puede ser bello sino lo que nos dicten los cánones del gusto, y en verdad siempre habrá en el mundo nuevas formas armónicas y unidades de belleza por descubrir. En este sentido, el hombre tiene que tener la valentía para llevar su gusto a contemplar las nuevas formas bellas, a confrontar su observación de la naturaleza con sus sentimientos. Por esto, dice Kant que para la belleza pura no deberíamos seguir conceptos; a esta se le llamaría “belleza adherente”, en la que ya tenemos un concepto de lo que la cosa debe ser; la contemplación libre supone que el sujeto se acerque a la naturaleza, dejando que ella se manifieste en su amplitud, variedad y libertad, y que nosotros

JUAN CARLOS MANSUR

mediante el gusto, sin tener una regla que nos determine, contemplemos las distintas formas que nos ofrece la naturaleza.

La postura crítica de Kant enseña que, si queremos hacer de la belleza una realidad conceptual, caeremos invariablemente en una dialéctica, una discusión sin fin: ¿la belleza formula una unidad conceptual y por tanto no cabe posible discusión en torno a lo bello? ¿O bien, la belleza no admite conceptos, pues si lo hiciera caeríamos en rígidos cánones de lo que debe ser bello y lo que no debe serlo?

Para Kant, la solución a estas preguntas interminables sólo se puede solucionar con la reflexión *filosófica*; he ahí el valor de la filosofía, pues gracias a que ella mira siempre a lo suprasensible de las cosas y de nosotros, puede comprender que nunca habrá concepto que abarque la totalidad de la belleza. Contrario a esto, deben proponerse los principios de la belleza (unidad, finalidad, forma), como una unidad ideal, una forma ideal, una finalidad, ideal, es decir, principios que no los puede abarcar ningún ser humano, con lo cual Kant pone un alto a la ciencia de su época que quería racionalizar todo y sólo lo racional era verdadero. Kant recuerda más por momentos al pensamiento de Marcel, quien sabe que “cuando la inteligencia hace del ser un objeto, lo problematiza, se coloca delante de él sin penetrarlo”. Para Marcel, la Metafísica debe dejar al ser en el misterio y, en este sentido, Kant pide con su filosofía que nos abramos al misterio del ser y de la belleza.

¿Por qué un libro de Estética? En esta obra he querido destacar que la *Crítica de la Facultad de Juzgar* arroja enseñanzas que tienen que ver con los temas propios de la metafísica, pero también desgranar aportaciones al campo de la antropología y contribuyen al desarrollo de la dignidad del hombre.

Una de estas aportaciones está en que, para que haya contemplación de la belleza, se requiere de una libertad de desinterés, un salirse de los afanes de la vida; un no buscar poseer y consumir lo contemplado, no ver en él una utilidad práctica; un estar libre de restricciones que nos impongan qué nos debe gustar y qué no nos debe gustar. La belleza alumbra cuando nos liberamos del interés del agrado y del placer sensible.

La belleza aflora cuando no ponemos intereses utilitarios y pragmáticos en las cosas contempladas. Quien mira la naturaleza esperando obtener algo a cambio de ella, se queda en la mezquindad de la utilidad y no permite que su espíritu se abra a una experiencia que va más allá de toda utilidad, a una finalidad que no tiene fin. No en vano Aristóteles había ya formulado este principio y destacaba la finalidad de la belleza como una finalidad en sí misma, y afirmaba categóricamente: “el buscar en todas partes la utilidad de ningún modo es propio de hombres magnánimos y libres”. Por su parte, en el caso de Kant me atrevo a citar lo que escribí en mi libro: “el hombre liberado de los deberes que le impone la vida cotidiana del hacer y del pensar, halla en la contemplación de la naturaleza una libertad y un ‘descanso’ especial: él como dador de orden puede entregarse a un orden que le entrega la naturaleza como un ‘favor’, pues ella le presenta como armonizada y arreglada para su disfrute”. Contemplar la naturaleza es también un ‘reposo’: “detrás de las formas bellas el hombre siente una reconciliación con la naturaleza y reposa frente a ella”, se abstiene ya de imponerle categorías a la naturaleza, y del cansado esfuerzo de legislarla, para dejar que ella se manifieste y que nos hable.

Por otra parte, se puede leer en la misma obra que “reconocer la belleza en la naturaleza es el resultado de encontrar en nosotros, por un lado, las fuentes suprasensibles que ordenen y expliquen la naturaleza y, por otro, la capacidad de ‘darse’ a ella, de tal forma que admita que la naturaleza ‘se abre’ para ser contemplada, como si en la contemplación bella de la naturaleza fuera ella quien se entregara en su armonía e inteligibilidad a nosotros.” Cuando en realidad es el sujeto, en su unión con la naturaleza, los que permiten que aflore la belleza, tal como nos lo muestra la enseñanza de san Agustín: “Tarde te amé, belleza infinita, tarde te amé, tarde te amé, Belleza siempre antigua y siempre nueva. Y supe, Señor, que estabas en mi alma y yo estaba fuera, así te buscaba mirando la belleza de lo creado”.

Finalmente, quisiera concluir: ¿Por qué estética dentro del ITAM?

Me parece que es sumamente importante la reflexión estética dentro del ITAM, pues al reflexionar sobre la belleza, así como al contemplar-

JUAN CARLOS MANSUR

la, podremos generar más campos de libertad y formación del hombre; no debemos olvidar que la belleza es sendero de la moral para Kant, pues indirectamente nos lleva por la vía sensible a esas realidades morales inteligibles que son de difícil adquisición.

Es necesario tener alumnos que conozcan las fuentes de libertad que hay en el ser humano, para que vivan de forma plenamente libre, pero también para que generen espacios, jardines, y entornos llenos de belleza, lo mismo que en sus instituciones y relaciones personales, se encarne la libertad que brinda la belleza a través del arte y la contemplación. Que den reposo y descanso al ser humano, pero sobre todo, que le den sentido mediante la filosofía, la ciencia, la moral y la belleza, pues la belleza es el espacio donde el hombre se siente mejor llamado para encontrar sentido a las cosas, al ser coronación de todas las actividades que realiza el hombre.

Este libro es el resultado del trabajo universitario, no sólo de su autor, sino de sus profesores, de sus colegas, de los alumnos y de los países donde se ha gestado. Espero que sea de un enorme provecho para su formación personal; no sólo una fuente de alegría y belleza su lectura, sino que, mediante él, puedan acercarse de un modo más amable al pensamiento de Kant, y con ello, a la reflexión honesta sobre la Filosofía y la contemplación de la belleza.